

no es Vargas Ponce (ed. de Jovellanos, *Obras completas*, 1 [Oviedo, 1984]: 226n2). Y esto me lleva a una queja de más monta: existiendo las ediciones ejemplares de Caso (alguna, desde hace casi treinta años), un estudio serio ya no debe citar sistemáticamente de la edición de Necedal (*BAE*). Lo mismo vale para Quintana (170): ¿por qué no usar la edición de Dérozier?

Algunas precisiones para la bibliografía abundante y útil de fuentes manuscritas e impresas: el colaborador de Caso (271) es G. (no P.) Demerson; «Domergue» tiene una sola *m*; los *Escritos autobiográficos y epistolario* de Cadalso (Londres, 1979) deben ir bajo «Cadalso», no «Glendinning», quien además colaboró con N. Harrison. Yo no separaría los libros de los artículos, pero sí indicaría aparte las bibliografías. Espero que en futuras ediciones de *Jovellanos* se añadan índices, por lo menos uno onomástico.

Con una actitud abierta y razonable, y valiéndose de abundante material histórico, Varela ha escrito un libro serio, equilibrado y bien organizado. No revoluciona nuestra visión de don Gaspar, y siempre podrían estudiarse con mayor amplitud los temas tratados, amén de abordarse otros; pero el autor nos ha dado una síntesis manejable de estudios propios y ajenos, con interesantes aportaciones originales. *Jovellanos* es lectura obligatoria para quien desee comprender la España de las Luces y su gran protagonista.

Universidad de California, Berkeley

J. H. R. POLT

Alberto González Troyano. *El torero, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988, 372 pp.

En *El torero, héroe literario* González Troyano se basa en las teorías de Vladimir Propp, Georg Luckács, Lucien Goldmann y otros, con el fin de indagar el papel que desempeña el torero en la literatura española. Se centra en las ideas de Propp para analizar el desarrollo de este héroe literario en la prosa de ficción desde el siglo XVII hasta el primer tercio de la centuria actual. Este cometido hace que *El torero, héroe literario* sea a la vez un repaso de la historia literaria española, un estudio de

la tauromaquia y una investigación metodológica de escritores profesionales y «espontáneos» que se han sentido atraídos por los protagonistas y aledaños de la fiesta nacional. Esta búsqueda de constantes dentro de la ingente cantidad de «novelas de la torería» brinda al lector una nueva atalaya desde la cual enfocar la literatura española. De ahí gran parte del valor de este libro.

Esta indagación de la evolución del diestro y su herocidad problemática junto con su oficio de artista y su papel de «representante de una cierta tipicidad española» (p. 32) se remonta a la España de los Austrias cuando los toros formaban un pretexto para la ostentación del poder aristocrático. En aquel entonces la lidia fue un deporte caballeresco cuya recompensa o motivación podría ser el amor de una dama, un factor que llegaría a tener un papel trascendental en toda la narrativa taurina. Las rivalidades personales, el sentido trágico de la muerte y las controversias antitaurinas también tienen sus orígenes en los romances y relatos de la época. González Troyano arroja sus ideas y afirmaciones con pormenores históricos reveladores e informativos. Asimismo, se apoya en todo tipo de datos y las citas de otros estudiosos.

Según González Troyano, el siglo XVIII es fundamental para la fiesta nacional y las raíces de la narrativa taurina porque los toros adquieren la estructura y el funcionamiento con que han pervivido hasta hoy. Por ejemplo, el torero caballeresco es desplazado por el torero a pie, el torero plebeyo. Esta democratización engendra otros temas importantes, sobre todo, una visión dialéctica de la fiesta (exponente del atraso cultural) que se manifiesta en los ensayos de Jovellanos, Cadalso y José Vargas Ponce. Surgen otros fenómenos culturales: el majismo y la influencia del «andalucismo» o del «gitanismo». Y el torero pasa por un proceso de gestión y cristalización hasta convertirse en un arquetipo. De su capacidad de transformar el miedo en objeto de admiración surge el héroe único. Nace también una «nueva tipología de mujer»: la mujer fatal, independiente y seductora. González Troyano pone en tela de juicio el consabido machismo literario español y rompe una lanza a favor de una tradición —al menos en la literatura taurina— de una española liberada de las cadenas de una sociedad opresora.

Para González Troyano, son los viajeros y literatos románticos extranjeros (Merimée, Gautier, etc.) quienes de veras saben captar las posibilidades de la tauromaquia. Sus obras desvelan una imagen de España que resulta muy grata a los lectores europeos. Es más, descubren este manantial artístico para los escritores indígenas. Con los románticos la novela taurina llega a ser «un territorio de confluencias sociales muy significativas» (p. 133). Así, la procedencia rural de los ritos y protagonistas de la corrida choca con los valores y diferencias sociales de la aristocracia en la ciudad. El triunfo del diestro en un ambiente urbano y sus avatares amorosos con una dama de alta alcurnia (gracias al «poder afrodisíaco, orgiástico de la sangre vertida en el *circo*» p. 117) crea una estructura conflictiva que se observará repetidamente en la narrativa taurina posterior. Estas observaciones son, sin duda, las más interesantes y provechosas del libro.

Los capítulos siguientes tratan de la suerte que corre el héroe taurino en la literatura costumbrista y realista. González Troyano repasa las características de estas escuelas literarias. comenta la obra de autores reconocidos (Blanco White, Estebáñez Calderón, Fernán Caballero, etc.) y cita también a otros literatos de menor fama y empuje (Luis Coloma, Julio Nombela, Fernández de Lara, etc.). Salpica su texto con apreciaciones y exclusiones que llevan al lector a una mayor comprensión del valor simbólico del torero y del toro. Finalmente, explica los albores de la reglamentación de la fiesta para mejor relacionar la importancia de las grandes figuras históricas (Pepe-Illo, Pedro Romero y Paquiro) con la literatura taurina de la época.

Otro apartado sumamente interesante es el titulado «La Consolidación de la Novela Taurina en el Cambio de Siglo». En él, González Troyano señala la «presencia extensiva de la novela taurina» (p. 199) a principios del siglo XX. Pasa lista a una serie de autores de las más variopintas índoles y escuelas, escritores —en muchos casos— cuyas obras han pasado casi desapercibidas. Investiga el porqué de este caudal novelístico taurino además de dilucidar las diferencias entre estos autores. Contrasta los que utilizan la fiesta para encontrar el «alma española» con una subgeneración de escritores (muchos de ellos periodistas) motivada exclusivamente por el afán de elaborar una obra de contenido taurino.

*El torero, héroe literario* es un libro magníficamente presentado: con contadas erratas, fácil de leer y lleno de reproducciones de dibujos, grabados y carteles que respaldan lo dicho por González Troyano. Este estudio resulta ser una sutil combinación de historia literaria, anales taurinos y crítica literaria. Conlleva apreciaciones de todo tipo que proporcionan una mayor comprensión de la corrida de toros, de la literatura española y de la controvertible y única figura que siempre fue el torero.

Oregon State University

GUY H. WOOD

Alexandre Cirici Pellicer. *El arte catalán*, Barcelona, Alianza Editorial/Enciclopedia Catalana, 1988, 404 pp.

Se reúnen en este volumen, como parte de la Biblioteca de Cultura Catalana, tres largos ensayos de A. Cirici (1914-1983), historiador y crítico del arte (*Picasso antes de su tiempo*, 1946; *Tapies, testimoni del silenci*, 1970; *L'art catala contemporani*, 1970) algo poeta (*Muntanya única*), propagandista de turismo (*Barcelona: Pam a pam*), y escritor de memorias (las suyas, en los años 70).

Sin introducción que los una, ni conclusión que los despidan en conjunto, las presentaciones mantienen una independencia entre sí que su estructuración paralela no oculta. Cada trabajo va dividido en dos secciones: la primera, introductoria y más teórica, titulada «Conceptos fundamentales»; la segunda, «Biografía», es una presentación histórica de arquitectura, escultura y pintura respectivamente, en la región del Levante Peninsular, incluyendo desde el sur oriental francés, Rosellón, hasta Alicante, y, cronológicamente, desde la prehistoria hasta el siglo XX. Repetitivos evidentemente, aunque no se advierta, de trabajos de divulgación publicados hace ya años (*Arquitectura catalana*, 1955; *Escultura catalana*, 1957; *Pintura catalana*, 1957) la presentación histórica termina en la primavera de los años cincuenta, dejando más de medio siglo sin cubrir. La sección introductoria de cada uno de los ensayos trata de hacer, además de historia, filosofía y sociología del arte, objetivo que se alcanza con más fortuna en pintura, y menos en escultura, cuya separación de la arquitec-